

ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

XVII/2015



Separata

Esperando asilo.
Experiencias de
candidatos al estatuto
de refugiado en Francia

Carolina Kobelinsky

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2015

Consejo de Redacción:
M.ª Dolores Adellac Moreno
Patricia Alonso Pajuelo
Julio González Alcalde
José Luis Mingote Calderón
Inmaculada Ruiz Jiménez
Fernando Sáez Lara
Belén Soguero Mambrilla

Coordinación:
Patricia Alonso Pajuelo
José Luis Mingote Calderón



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:
© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Documentación y Publicaciones

© De los textos y las fotografías: sus autores

NIPO (electrónico): 030-15-287-4
ISSN: 2340-3519

NIPO (Impresión bajo demanda): 030-15-021-0
ISBN: 978-84-8181-634-1

Esperando asilo. Experiencias de candidatos al estatuto de refugiado en Francia

Carolina Kobelinsky

Centre National de la Recherche Scientifique
carolina.kobelinsky@yahoo.com

Resumen: Quien pide asilo se encuentra, por definición, en situación de espera. La espera puede así ser pensada como la actividad por excelencia de quienes solicitan el estatuto de refugiado. Y los centros de recepción y asistencia para solicitantes financiados por el Estado francés pueden ser concebidos como lugares de espera. En este artículo propongo explorar la espera a través de las percepciones y prácticas cotidianas de dos peticionantes de asilo que llamaré Klara Golounova y Makan Sylla. De forma esquemática, tres secuencias suelen sucederse en la experiencia de los hombres y las mujeres que conocí durante mi trabajo de campo en dos centros de recepción y asistencia a solicitantes de asilo de los suburbios de París: la pausa que impone el inicio de la espera y la llegada al Centre d'accueil pour demandeurs d'asile (CADA); el aburrimiento que se instala y el tiempo que hay que ocupar; y la resistencia a la temporalidad impuesta.

Palabras clave: Solicitantes de asilo, Centros de recepción y asistencia a peticionantes de asilo, Francia, Temporalidades, Confinamiento, Experiencia de la espera, Etnografía.

Abstract: Whoever seeks asylum is, by definition, in a waiting situation. Waiting can then be thought as the main activity of those who claim the status of refugee. And the reception centers supported by the French state can be conceived as waiting places. In this paper, my aim is to explore waiting through the perceptions and daily practices of two asylum seekers I will call Klara Golounova and Makan Sylla. Schematically, three sequences follow in the experience of the men and women I met during my fieldwork in two reception facilities of the Parisian suburbs: the break that imposes the beginning of waiting and the arrival to the center (Centre d'accueil pour demandeurs d'asile, CADA); the boredom that settles in and the time to fill; and eventually the resistance to the imposed temporality.

Keywords: Asylum seekers, Reception centers for asylum seekers, France, Temporalities, Confinement, Experiences of waiting, Ethnography.

“Solo tengo recuerdos entrecortados, lo que me aburría, me la pasaba encerrado... Bueno, al principio estaba muy aliviado, todo se iba organizando, tenía un techo, tenía comida, los trabajadores sociales me ayudaron mucho al principio, me acuerdo bien. Pero después, uf... fueron días, meses, años interminables, tenía la cabeza llena de cosas y lo único que podía hacer era esperar, no hacía nada, los días eran eternos” (conversación, solicitante de asilo, 22/01/2010).

Con estas palabras, un joven marfileño recuerda la época en que solicitó asilo en Francia y pasaba sus días en su pequeña habitación de un centro de recepción y asistencia para solicitantes de asilo (Centre d'accueil pour demandeurs d'asile o CADA) en las afueras de París, esperando.

Quien pide asilo se encuentra, por definición, en situación de espera. La espera puede así ser pensada como la actividad por excelencia de quienes solicitan el estatuto de refugiado o el beneficio de la protección subsidiaria¹. Y los CADA pueden ser concebidos como lugares de espera. Las personas que conocí durante mi trabajo de campo en dos CADA de la periferia de París, entre 2003 y 2008, debieron esperar entre seis meses y cuatro años antes de obtener una respuesta de la administración francesa, la mayor parte de las veces, negativa.

Durante la espera, los solicitantes de asilo no pueden trabajar, tampoco pueden estudiar². De hecho, los CADA –que forman parte del dispositivo nacional de recepción y asistencia– fueron creados en 1991 para paliar los efectos de la flamante circular que prohibía *de facto* el derecho a trabajar a los candidatos al estatuto de refugiado³. Los CADA son estructuras dedicadas al albergue y al acompañamiento de los extranjeros durante el tiempo de la solicitud de asilo. Algunas de estas estructuras consisten en pequeños apartamentos que se encuentran fuera del edificio donde está la administración del centro. Pero la mayoría de los CADA son “colectivos”, esto es, edificios tipo hogar, donde se encuentran las oficinas de los trabajadores sociales junto a las habitaciones y espacios comunes destinados a los solicitantes de asilo. Cada centro está gestionado por una asociación o empresa –financiada por el Estado francés– que emplea a animadores, asistentes sociales, abogados, psicólogos y personal administrativo con el fin de ofrecer un seguimiento sanitario y asistencia jurídica para el procedimiento de asilo, ayuda para organizar la escolarización de los menores de 16 años y un acompañamiento social general de los peticionantes que residen en el establecimiento.

Aunque en los últimos años los gobiernos sucesivos han incrementado la cantidad de plazas disponibles en los CADA, dichos centros no logran albergar a la totalidad de solicitantes de asilo. Existe entonces una selección que se realiza, en principio, de acuerdo a criterios sociales mencionados en una circular. Quienes no son elegidos suelen solicitar un albergue en los centros de urgencia para solicitantes de asilo o pedir ayuda en sus redes familiares. Desde 2006, dichos solicitantes reciben una ayuda de 336 euros por mes durante todo el procedimiento de asilo.

La vida de los solicitantes de asilo que conocí en los CADA “colectivos” se caracteriza por una dilatación del tiempo y una retracción del espacio. En estas páginas propongo examinar la realidad que implica la espera para dos peticionantes de asilo que llamaré Klara Golounova y Makan Sylla⁴. Es decir, aprehender su espera como una experiencia cotidiana que se despliega en una multiplicidad de actividades destinadas a pasar, olvidar y disfrazar el tiempo. La espera es, ante todo, una experiencia eminentemente singular: cada persona la transita de acuerdo a sus disposiciones y a su trayectoria. Al mismo tiempo, la espera no constituye un tiempo

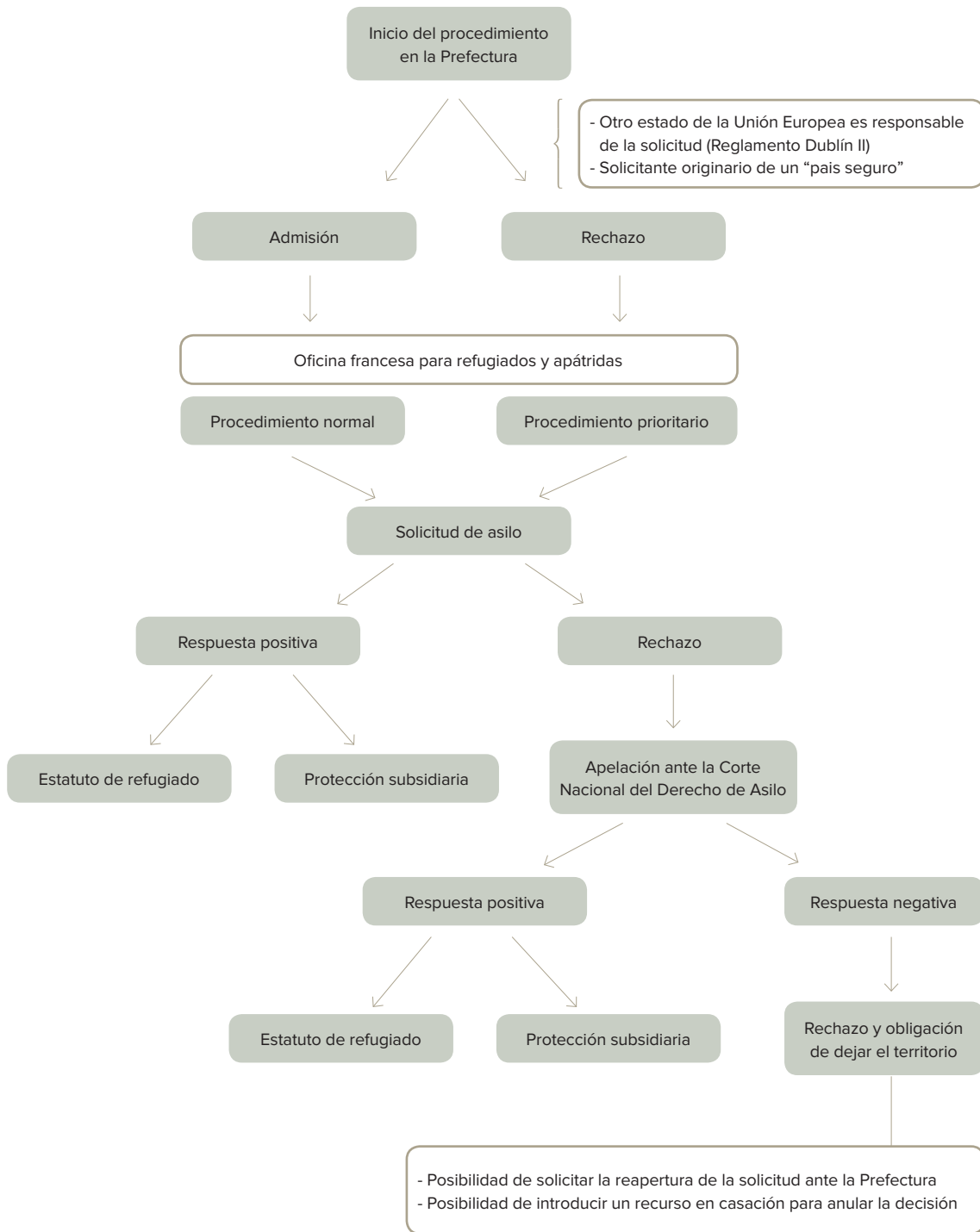
¹ La protección subsidiaria es dispensada a los solicitantes que, sin reunir los requisitos para ser reconocidos como refugiados, tienen motivos fundados para creer que si regresasen a su país se enfrentarían a un riesgo real de sufrir algún daño grave. Este tipo de protección da lugar a un permiso de residencia renovable anualmente.

² Los solicitantes de asilo menores de edad y los menores que acompañan a los solicitantes tienen obligación de escolarizarse hasta los 16 años.

³ La circular estipulaba que en caso de que hubiera una oferta de empleo y que ningún candidato originario de la Unión Europea se presentara, un solicitante de asilo podría acceder al puesto. Exigía, sin embargo, que el solicitante hubiera entrado de forma legal al territorio nacional. Actualmente, en el marco de la transposición de la directiva europea que establece las normas mínimas para la acogida de los solicitantes de asilo en los Estados miembros, el solicitante de asilo puede pedir una autorización provisoria de trabajo si no obtuvo el resultado de su petición de asilo al cabo de un año o si registró una apelación contra una primera decisión negativa. La persona se somete entonces a las reglas de derecho común aplicables a los trabajadores inmigrantes: el acceso al mercado de trabajo está reservado prioritariamente a los nacionales y a los extranjeros en situación regular, por ende la persona solo podrá ocupar un empleo si, en la rama de actividad y la zona geográfica consideradas, la cantidad de solicitudes de empleo no es superior a la cantidad de ofertas. En la práctica, la obtención de esta autorización es excepcional. Nunca conocí a ningún solicitante de asilo que hubiera pedido dicha autorización. Así, ello no cambia en lo absoluto la imposibilidad real de trabajar legalmente inscrita en la circular de 1991.

⁴ Simplemente para mantener el anonimato de mis interlocutores y garantizar la confidencialidad de las discusiones que mantuvimos.

Gráfico 1. Esquema simplificado de la solicitud de asilo en Francia



homogéneo o continuo. Tres secuencias parecen sucederse en la experiencia de los hombres y las mujeres que conocí: la pausa que impone el inicio de la espera y la llegada al CADA; el aburrimiento que se instala y el tiempo que hay que llenar; y la resistencia a la temporalidad impuesta. Estas etapas resumen las experiencias de muchos solicitantes de asilo que viven provisionalmente en los CADA. Sin embargo, no deben ser pensadas como una cronología lineal y uniforme. Por un lado, dichas etapas están atravesadas por las fases de la solicitud de asilo: el rechazo de la solicitud en primera instancia provoca la decepción, al tiempo que la urgencia que

representa la necesidad de registrar una apelación ante la Corte Nacional del Derecho de Asilo (Cour Nationale du Droit d'Asile, CNDA) antes de que se cumpla el plazo de treinta días después de la notificación de la decisión. La convocatoria a la audiencia en la Corte –que llega en un lapso que no es posible prever– también crea un tiempo de urgencia para preparar el relato y eventualmente incorporar al caso nuevas pruebas de persecución en el país de origen. Después de la audiencia, por primera vez la espera tendrá un límite claro: en 21 días podrá conocerse la decisión tomada por los jueces de la Corte. Por otro lado, puede haber vaivenes en las etapas temporales, pudiendo pasar de un período donde la espera está disimulada bajo otros marcos temporales a otro donde retoma importancia y se traduce en confinamiento en el CADA. La duración de las secuencias cambia en función del perfil de las personas, de su trayectoria y de los encuentros de cada solicitante. De forma esquemática, sintetizando las diferentes experiencias de las personas encontradas en los CADA, parecería que la primera etapa, de recomposición, dura apenas algunos meses, en tanto que la segunda se extiende en el tiempo y que la tercera etapa varía según las actividades que permiten esquivar o esconder la espera.

1. Asistencia bajo control

A su llegada al CADA, Klara Golounova y Makan Sylla, como todos los demás solicitantes de asilo, debieron firmar un contrato de estadía donde se especifica el tipo de asistencia, los compromisos y las condiciones de finalización de la misma en el momento de la recepción de la decisión relativa al asilo. Debieron al mismo tiempo firmar el reglamento interno del establecimiento. En los CADA en los que realicé la investigación, la adjudicación de las habitaciones se realiza de acuerdo a un principio de división por zonas (*quadrillage*) en donde se intenta evitar la distribución por grupos étnicos. Los profesionales intentan evitar así que la espacialidad construya o refuerce divisiones comunitarias que pudieran eventualmente resultar conflictivas en la gestión cotidiana.

Sin derecho a trabajar, los solicitantes de asilo dependen económicamente de la mensualidad otorgada por el CADA, que cubre, más allá del albergue, una pequeña suma de dinero y billetes de transporte para ir a las citas vinculadas a la solicitud de asilo o, en casos puntuales, para ir al médico. A esta forma de dependencia se suma el control de las actividades. El CADA es una institución parcialmente cerrada. Los residentes pueden entrar y salir del establecimiento, sin embargo, el reglamento interno indica claramente que:

“el peticionante de asilo que desee ausentarse durante más de un día debe informar al equipo del centro. Toda ausencia de más de cinco días debe ser autorizada por el director del centro. De lo contrario, será considerada como una partida voluntaria, justificando el cierre de la habitación, la puesta en consigna del equipaje y el fin de asistencia” (Reglamento interno del CADA).

Las actividades de los peticionantes de asilo están en su mayoría pautadas por el CADA, sobre todo al comienzo de la estadía. En uno de los CADA donde llevé a cabo mi trabajo de campo, se entrega a los recién llegados una hoja de citas que los asistentes sociales completan minuciosamente, indicando las reuniones con los diferentes servicios del centro. En el otro centro donde investigué, la organización de las jornadas no está oficializada del mismo modo pero, de hecho, los profesionales organizan las actividades de los recién llegados durante las primeras semanas. Se trata sobre todo de reuniones burocráticas pero también de actividades recreativas organizadas por el equipo del centro. El correo postal de los peticionantes es recibido por el personal del centro. Los residentes deben ir a buscarlo a las oficinas de los trabajadores sociales y las cartas oficiales deben ser abiertas en presencia de un miembro del equipo, que realiza una

fotocopia para archivar. Por otra parte, las habitaciones son inspeccionadas con el fin de “controlar que no haya desbordes”. Durante estas “visitas”, los profesionales evalúan el estado de las instalaciones, discuten con cada peticionante sobre el vínculo con los vecinos y suelen hacer comentarios respecto de la limpieza, el orden y las costumbres de los residentes.

Por otra parte, algunos comentarios de los empleados del CADA, enunciados en contextos informales, también apuntan a ejercer una forma de control sobre las actividades cotidianas de los peticionantes de asilo. En este sentido, una mañana un trabajador social ve de lejos a una solicitante que llega a las oficinas a recoger su correo y la saluda diciendo:

“Ah, usted aquí, hace tiempo que no la vemos en el taller de francés... [sonrisas de la señora]. Me pregunto qué hace, no la vemos mucho últimamente. ¿Cómo anda? Muy ocupada, me imagino” (notas de campo, 13/06/2005).

Este tono irónico es utilizado en numerosas ocasiones por los trabajadores del centro para recordar a los solicitantes que son observados y que deben comportarse de un cierto modo, funcionando así como una forma suave de disciplinamiento.

Muchos peticionantes de asilo viven todas estas prácticas –las “visitas”, la inspección del correo, la organización de las actividades, las pequeñas llamadas de atención– como formas de infantilización pues estiman que son desposeídos de su capacidad de decisión y de su independencia. Un solicitante de asilo marfileño me comentaba: “Lo peor del CADA es tal vez que a veces sientes que tu libertad está un poco oprimida, aquí no eres autónomo”. Una peticionante originaria de Camerún utilizaba términos aún más duros para con la institución:

“Aquí somos prisioneros ambulantes. Nadie puede decirle que está contento acá, si se lo dicen, desconfíe porque no es cierto. Acá estamos como en la escuela, es frustrante. No nos preguntan qué opinamos, como si no fuéramos personas. Lo único que quiero es recuperar mi autonomía (...) Es una regresión, como ir a la escuela, o estar en un internado” (entrevista, solicitante de asilo, 01/04/2004).

Los solicitantes de asilo pueden, sin embargo, desplegar diferentes tácticas para esquivar esta impresión de infantilización y de encierro que trae consigo la asistencia en los CADA, tal como veremos más adelante. Por su parte, los trabajadores sociales no son simples agentes ejerciendo el poder. Dos cuestiones dificultan su labor cotidiana y su vínculo. Por un lado, la abolición de la distancia del burócrata del tipo ideal weberiano por cuanto en los CADA existe una relación de proximidad entre los profesionales y los solicitantes de asilo. La dimensión temporal particular de las relaciones que se establecen –son cotidianas y se prolongan en el tiempo– implica un contacto regular en el espacio que habitan los solicitantes. Esta proximidad impacta la forma en que los solicitantes son tratados. Por otro lado, los conflictos que posee para muchos profesionales la doble lógica, de gestión y seguridad, que guía la política actual en materia de inmigrantes y que se opone, según estiman, a los fundamentos del trabajo social.

En todo caso, la gestión de los peticionantes de asilo posee una clara dimensión disciplinaria en cuanto aísla un espacio (el del centro), donde se codifica lo que está permitido y lo que no lo está. Aunque las puertas del establecimiento estén abiertas y exista cierta libertad de circulación, los CADA participan de un dispositivo de confinamiento en marcha desde hace varias décadas en distintos países europeos con el fin de manejar la población extranjera (Kobelinsky y Makaremi, 2009). Los CADA no son instituciones totales como los centros de internamiento de extranjeros en vías de expulsión, sin embargo, pueden ser considerados como espacios de confinamiento.

2. Un respiro

Después de estar encerrado “en una suerte de campo” donde lo torturan durante dos semanas, Makan Sylla logra escaparse gracias a su tío, quien paga a un gendarme para que lo libere y lo conduzca, escondido, hasta el aeropuerto de Conakry. Makan no sabía adónde iba. En el aeropuerto Charles de Gaulle en París el contacto de su tío con quien viajaba le da 50 euros y se va. Era el mes de febrero de 2007, Makan Sylla recuerda que hacía mucho frío. Un hombre del servicio de limpieza del aeropuerto lo saluda en bambara. “Yo le dije que era de Guinea, me preguntó si hablaba soninké, pero no, no hablo soninké. Me dice qué te pasa y yo le expliqué todo”. El hombre le regala su chaqueta y le explica cómo coger el tren en dirección a París. Algunos días más tarde, Makan Sylla logra registrar una dirección postal en la plataforma de domiciliación de una asociación que ofrece un acompañamiento a los solicitantes de asilo. Allí, el trabajador social con quien se entrevista decide que Makan Sylla necesita ver a un médico y es enviado al hospital Lariboisière. Allí pasa una semana, le realizan diversos exámenes y curan sus heridas. Del hospital se dirige al CADA donde lo conocí.

La travesía de Klara Golounova es diferente: ella cruzó seis países y decenas de ciudades antes de llegar a Francia en noviembre de 2003 junto a Vlad, su marido, y sus dos hijos de dos y cinco años. Técnicamente, solo 4200 km separan la ciudad rusa de Ufá de París. Sin embargo, el viaje duró cerca de ocho meses, durante los cuales alternaban las noches en la calle y aquellas en las que dormían los cuatro en alguna habitación que compartían con desconocidos. Una vez en Francia, erraron por las calles parisinas hasta que una señora llamó al 115 –número de teléfono de urgencia para personas sin techo– y lograron pasar dos noches en un hotel. Luego los enviaron a un albergue de urgencia en la ciudad vecina de Noisy le Grand. Finalmente, obtuvieron una plaza en un CADA, unas semanas después de registrar su solicitud de asilo en la Prefectura de policía. Allí fue donde los conocí, tres meses después de su llegada.

De los primeros días en el CADA, Makan Sylla recuerda la paciencia de la asistente social que se ocupa de su caso, quien le explica las etapas de la solicitud de asilo en la que se había embarcado, y la tranquilidad que sintió cuando comprendió que tendría un lugar para vivir y dinero para comer mientras durara el procedimiento. Klara Golounova se acuerda de la alegría de sus niños cuando les dijo que podían decorar la habitación con sus dibujos. También recuerda el “sueño profundo” de su marido las primeras noches. Klara también me cuenta la importancia que había tenido para ella la reunión con la asistente social poco después de su llegada, quien le había explicado –un poco en inglés otro poco en francés, con palabras que podía comprender– los pasos de la solicitud de asilo y cómo toda la familia podría obtener una asistencia médica. Por fin iba a poder pedir una cita con el médico para sus hijos, para seguir el desarrollo de una enfermedad oncológica hereditaria, que le había hecho perder una pierna cuando era todavía una adolescente.

Tanto para Makan como para Klara y su familia, la llegada al centro y el inicio de la espera aparecen como una pausa en una trayectoria de circulación y errancia. La mayor parte de los solicitantes de asilo que residen en los CADA manifiesta un sentimiento de alivio al llegar al centro. La espera, al principio, es percibida de forma positiva e incluso útil en cuanto ofrece un momento de reposo durante el cual muchos de mis interlocutores han encontrado una forma de protección. Tienen un sitio donde dormir, dinero para alimentarse, pueden contar con un seguimiento profesional a nivel social, pueden hacerse tratar física y/o psicológicamente. La espera en el CADA otorga una forma de “tranquilidad”, permite a muchos peticionantes recomponerse después de la travesía que implicó el viaje y, al mismo tiempo, aprender las bases del entramado burocrático en el que se encuentran (vinculado al procedimiento de asilo, a la adquisición de la cobertura médica, la escolarización de los menores de 16 años, etc.). Por otra parte, en los CADA los peticionantes reciben una asistencia jurídica que les permite elevar las oportunidades

de obtener el estatuto de refugiado y así lograr un permiso de residencia en Francia. Aunque la mayor parte de los solicitantes no conocen necesariamente estos datos, es interesante notar que la tasa de reconocimiento del estatuto de refugiado entre 2003 y 2008 –período durante el cual desarrollé esta investigación– oscilaba entre 8 y 16 % en primera instancia y entre 11 y 25 % en la etapa de apelación⁵. Sin estadísticas oficiales, la asociación France Terre d'Asile (FTDA) efectuó en 2005 una comparación de las tasas de reconocimiento por nacionalidad de la OFPRA a nivel nacional con las de las personas albergadas en sesenta CADA (4150 personas) bajo su gestión. La tasa promedio de reconocimiento para las personas en CADA era de 71,3 % en tanto que la tasa a nivel nacional era de 16,4 % (FTDA 2005: 6).

3. El tiempo que no pasa

Unos meses después de llegar al CADA, los días de Klara Golounova se hacen “monótonos”, como ella misma los define. Se levanta temprano, se baña, levanta a los niños y a su marido. Toman el desayuno los cuatro juntos, luego su marido acompaña a los hijos a la escuela, ella se queda en la habitación. La mañana transcurre entre las actividades domésticas, la televisión y las conversaciones con los otros residentes del CADA que se cruza yendo y viniendo de la cocina o el baño. Su marido pasa el tiempo discutiendo con algunos vecinos en la calle, frente a la entrada del centro. Si tiene energía suficiente como para caminar un poco –dado que se desplaza con cierta dificultad– Klara va a hacer algunas compras y luego a buscar a los niños a la salida de la escuela. Comen juntos y los niños duermen la siesta antes de bajar a jugar. Luego “la ducha de los niños, la tele y la cena”. Una vez por semana Klara intenta participar junto a su familia en las actividades que organiza el CADA. Para ella es una forma de “relajarse” un poco y de “pensar en otra cosa”, pasar un rato “lindo” junto a los niños y otros residentes “sin hablar de cosas serias”. Su marido es más reticente, para él se trata sobre todo de una forma infantil de tratar a los adultos, que va en el mismo sentido que otros aspectos de la vida en el centro tales como la inspección del correo. Si los primeros tiempos en el CADA aparecen como un período de tranquilidad, rápidamente se instala el aburrimiento que causa la inacción y la monotonía de las jornadas donde, de acuerdo con Klara Golounova y muchos otros interlocutores, “no pasa nada”. La televisión aparece en este contexto como un objeto central. En casi todas las habitaciones hay un televisor y la mayor parte del tiempo está prendido. A veces sirve para aprender francés, informarse sobre el país al que acaban de llegar o alimentar las discusiones con los vecinos. Otras veces simplemente constituye una suerte de ruido de fondo constante y una forma de garantizar la posibilidad de contacto con el mundo exterior.

Para Makan Sylla, pocas semanas después de llegar al CADA, los días comienzan a transformarse. Casi no sale de su habitación, solo baja a buscar el correo, va al hospital para continuar con los tratamientos para curar definitivamente las heridas físicas pero deja de ir a la consulta psicológica semanal. A veces va a comprar una tarjeta para llamar a su familia, que quedó en Guinea. Cuando recibe la decisión negativa por parte de la Oficina francesa para los refugiados y apátridas (Office français de protection des réfugiés et apatrides, OFPRA), “todo fue peor”, recuerda este joven de 23 años.

“Me podía quedar dos días, tres días en mi habitación sin salir, esperando la convocatoria a la comisión... La única persona que venía para hacerme salir casi a la fuerza era el Sr. Traoré. Él es marfileño, yo guineano, nos conocemos de aquí, del CADA, él me habla seguido, me dice que hay que olvidar, pensar en otra cosa” (entrevista, solicitante de asilo, 08/04/2008).

⁵ Los porcentajes de 2014 corresponden a 16,9 % (OFPRA, 2014) y 14,9 % (CNDA, 2014), respectivamente.

Muchos peticionantes de asilo me han dicho que sus semanas tienen “más que siete días”. “A veces [me comenta una tarde una joven solicitante cubana] hay días vacíos, que no sabes cómo ocupar”. En el lenguaje de muchos interlocutores se expresa una reificación del tiempo (Gell, 1992), lo que da cuenta de su objetivación. Los términos empleados ilustran una impresión de exceso, la espera como un tiempo improductivo. Pero lo que genera esta sensación no es la falta de obligaciones, citas u horarios –porque ello puede no ser una fuente de angustia– sino el hecho de no tener ninguna forma de controlar el tiempo.

Después de una entrevista, Klara Golounova comparte conmigo su dificultad de comprender la temporalidad que se le impone, donde debe “quedarse de brazos cruzados”, “perdiendo el tiempo”. Es que en la era post-industrial del consumo masivo, la pérdida de tiempo se ha convertido en una fuente de ansiedad dominante, tal como apunta Schwartz (1975). Para Klara y su marido, como para muchos solicitantes de asilo, “no hacer nada”, esto es, no poder ejercer una actividad profesional, está connotado de forma negativa y genera sentimientos de impotencia e inutilidad (Agier, 2008: 207). A este sentimiento se suma el confinamiento en el CADA. Muchos interlocutores utilizan la semántica carcelaria para dar cuenta de la experiencia en el CADA: “estamos detrás de los barrotes”, “me siento como en una cárcel”, “aquí estamos encerrados” o “somos prisioneros ambulantes”, como lo describía la solicitante camerunesa mencionada anteriormente. Por su parte, Vlad utiliza la palabra “bloqueado” para referirse a la sensación de estar inmovilizado en el espacio y congelado en el tiempo. Vemos así cómo se articula la interrupción temporal con la espacialidad particular –y restringida– que impone el CADA.

4. La esperanza de la espera

Klara Golounova me comentó en muchas ocasiones que soñaba con una “nueva vida después”, es decir, una vez terminada la espera. El final de la solicitud aparece a menudo en el discurso de mis interlocutores como un momento bisagra en su trayectoria, a partir del cual, cualquiera que sea la respuesta, su vida cambiará. Si obtiene el estatuto de refugiado, Klara Golounova cree que entrará en una nueva etapa que califica de “vida normal”. Makan Sylla habla por su parte de “una vida tranquila, normal, como la de todos”. Los imaginarios de normalización no ofrecen imágenes espectaculares: Klara Golounova sueña con un trabajo estable para su marido, para ella, con una casa donde los niños tendrá su habitación. Makan Sylla sueña con la posibilidad de volver a la universidad, con un trabajo estable y “tal vez un poco interesante”. Esta nueva vida soñada aparece como el reverso del presente de la espera en el CADA.

El futuro debe así pensarse en relación al mundo exterior, fuera de los muros del CADA y después del final del procedimiento de asilo. Para Klara Golounova y Makan Sylla el futuro no se encuentra desligado del presente de la espera, es, al contrario, el horizonte posible de ese presente difícil. La espera se erige, en otros términos, como la condición de posibilidad de esta nueva vida que proyectan, contiene la esperanza de una vida normal. La espera contiene así dos dimensiones, una en relación con la duración, con las estructuras repetitivas del tiempo; y la otra vinculada a los proyectos futuros. La lengua española es, en este sentido, muy explícita al respecto, puesto que el verbo esperar reúne ambos aspectos, en tanto que, por ejemplo, en inglés o en francés se utilizan dos verbos: *wait/bope* y *attendre/espérer*.

Las proyecciones a futuro de los solicitantes de asilo se ven a menudo comprometidas por eventos puntuales vinculados al procedimiento. Momentos de esperanza pueden desarrollarse después de una entrevista en la OFPRA cuando un solicitante de asilo tiene la impresión de que todo salió bien. Al contrario, un período de decepción se abre después de un primer rechazo de la administración, generando angustia y desgano. Transformaciones políticas en el país de

origen pueden alimentar la esperanza de un retorno más o menos cercano en el tiempo, más o menos utópico. Otras esperanzas y otras esperas pueden articularse a la temporalidad administrativa que se impone. Dos solicitantes de asilo esperaban el final del procedimiento para iniciar los trámites de divorcio, muchos otros peticionantes, que perdieron contacto con sus familiares, esperaban novedades.

5. Esconder la espera

Después de seis o siete meses durante los cuales “no estaba para nada bien”, Makan Sylla decidió que era tiempo de “ver las cosas de otro modo” y tomar distancia respecto de lo que había vivido en su país. Así fue como comenzó a frecuentar los cafés internet, iniciando una nueva etapa, “más activa”. Allí comenzó a retomar contacto con lo que ocurría en su país, primero a partir del café que queda a pocos metros del CADA, luego a través de los compatriotas que compartían con él “la indignación y el enojo respecto de la situación política”. Tímidamente, fue estableciendo contactos y retomando una forma de compromiso que dotaba de sentido su vida cotidiana (y probablemente también su recorrido).

“Me hace bien salir un poco, ver gente, discutir, activarme un poco (...) Vuelvo a ser yo, me reconozco más” (conversación, solicitante de asilo, 11/08/2008).

Makan Sylla pasaba cada vez menos tiempo en el CADA, extendía su red social y otras ocupaciones se sumaban a la espera. Podemos pensar que “activarse” implica, por un lado, salir del CADA, encontrar gente nueva, retomar contacto con la realidad política de su país, y por otro lado, deshacerse de la temporalidad de la espera o, al menos, llegar a su cotidianidad de otro modo.

Ocho meses después de su llegada al CADA, Klara Golounova comenzó a trabajar en la casa de una señora, por intermedio de la madre de una compañera de escuela de su hija, con quien solía conversar mientras esperaba la salida de las niñas. Durante una entrevista me comentó su tristeza frente a esta experiencia de desclasamiento, reforzada por el hecho de que se encontraba limpiando la casa de una maestra, ella que era maestra en su país natal. De todos modos, consideraba que este trabajo era una buena oportunidad porque le permitía “no darle a la cabeza todo el tiempo, entre las cuatro paredes del CADA” y ganar un poco de dinero. El marido de Klara también había encontrado un trabajo, primero en un garaje reparando autos, luego como obrero en una obra en construcción. Sus actividades respectivas les permitieron comprar un auto para facilitar la movilidad de Klara, quien tenía grandes dificultades para desplazarse en transporte público con su prótesis en la pierna derecha. El trabajo también les permitió irse cuatro días a la playa y darles a sus hijos “vacaciones normales como todos los niños”.

Trabajar, comprometerse en una actividad política o participar como voluntario en una asociación, como lo han hecho otros solicitantes de asilo, constituyen prácticas que atenúan la espera. Klara Golounova es consciente de que no trabaja legalmente pero estima que no le queda otra elección y que es legítimo querer insertarse en el mercado económico para así sentirse “útil” y “hacer algo”. Aumentar la entrada de dinero también es importante, sobre todo si se tiene en cuenta que la suma recibida mensualmente es escasa y que los gastos –sobre todo de abogados para llevar adelante la apelación en caso de un primer rechazo de la administración– suponen mucho dinero. Pero la necesidad de ocupar el tiempo, salir del ámbito del CADA e imprimir una suerte de “normalidad” a la vida cotidiana parecen ser los motores principales de aquellos que deciden emplearse en la construcción, la manutención o la gastronomía. Es también lo que motivó a otros solicitantes, como Makan Sylla, a (re)incorporarse al activismo político. Todas estas actividades permiten tener un marco temporal con horarios y obligaciones precisas, salir

del CADA y relacionarse con otras personas que no sean necesariamente solicitantes de asilo. Contribuyen así a evacuar o disminuir sentimientos de inutilidad, de dependencia, y al mismo tiempo permiten la entrada en espacios diferentes al CADA y una temporalidad nueva que oculta de algún modo el presente de la espera.

En tanto disfrazan la imposición temporal y espacial, estas actividades constituyen formas de esquivar o resistir a los efectos de la solicitud de asilo y el dispositivo de recepción y asistencia. Sin querer darles una importancia desmesurada, me parece que estas actividades económicas, políticas o asociativas, constituyen tácticas, para retomar la noción de Michel de Certeau (1980), en la medida en que son prácticas minúsculas y cotidianas que aprovechan las posibilidades ofrecidas en el momento para ocuparse, utilizar el tiempo de forma beneficiosa y así disimular la espera. A veces, estas prácticas pueden constituirse en verdaderas estrategias que permiten aprovechar las ventajas que producen –en dinero, en tiempo, en aprendizaje– retomando así el control (parcial) de los proyectos futuros.

6. Final de la espera

Los gobiernos sucesivos han intentado disminuir la espera de los solicitantes de asilo. Sobre todo por razones económicas: la espera es muy costosa para el Estado que financia a los solicitantes de asilo durante este período y que gasta medios importantes en el dispositivo nacional de recepción y asistencia. De hecho, podríamos pensar que la disminución del tiempo de la solicitud de asilo aliviaría el gasto público, pero ello implicaría al mismo tiempo que los agentes encargados de examinar las solicitudes pasen menos tiempo en cada caso. Los números de la OFPRA muestran que la tasa de reconocimiento del estatuto de refugiado de los procedimientos prioritarios –en donde la administración acelera los tiempos de evaluación de los casos– es sensiblemente más baja que en los procedimientos normales. Hoy la espera promedio es mucho menos que en la época en la que realicé mi trabajo de campo y el discurso político actual insiste en la necesidad de una nueva reforma del derecho de asilo –que se encuentra actualmente en el Parlamento– para disminuir aún más los tiempos. Sin embargo, de acuerdo a muchos trabajadores sociales del CADA, una espera de pocos meses no parece dar la posibilidad a los solicitantes de asilo –quienes por lo general acaban de llegar a Francia– para recuperarse físicamente de su periplo, comprender la burocracia y aprender las bases de la lengua francesa antes de dejar el centro. Si es corta, la espera no constituye una verdadera pausa en un recorrido de circulación y errancia. Si es demasiado larga, la espera es vivida como un período de gran precariedad e incertidumbre.

La espera provoca un movimiento temporal que se suma a la contradicción que habita al emigrante, tironeado entre dos tiempos, dos condiciones, dos países (Sayad, 1999). Al mismo tiempo, implica una forma de sumisión y modifica durante su existencia la conducta de aquellos que están suspendidos a la decisión esperada (Bourdieu, 2003). Sin embargo, la alienación del tiempo no es un objetivo de la política de asilo, ni de la política de asistencia. Es más bien un efecto de las burocracias que la orientación de las políticas. Un efecto que tiene, a su vez, efectos sobre la vida de los solicitantes de asilo albergados en un espacio que, después de un primer momento de reposo y de protección, los confina y los ubica al margen, en un estado provisorio que se extiende en el tiempo. Si se inyecta en la textura de la vida cotidiana, la espera tiñe también la relación de los solicitantes de asilo a sus proyectos futuros, que se encuentran en una suerte de limbo. A través de los recorridos y las percepciones de Klara Golounova y Makan Sylla intenté dar cuenta de las vidas en la espera, mostrando cómo esta última es a la vez un tiempo vacío –percepción de una temporalidad vacía y experiencia del aburrimiento– y un tiempo lleno –de actividades que esconden la impresión de una temporalidad elástica.

Cuando llegó el día de la entrega de la decisión tomada, en segunda instancia, por los jueces de la Corte Nacional del Derecho de Asilo, Klara y Vlad esperaban en la puerta de la Corte que se abrieran las puertas para conocer el desenlace de la solicitud que habían comenzado veintiséis meses antes. La noche anterior, Klara me había comentado ansiosa: “es el final”. Su marido, a menudo discreto durante nuestras charlas, intervino en la conversación: “es el principio”. Lo mismo me dijo Makan unos días antes de ir a conocer el resultado de su petición: “ahora, pasado mañana empieza mi vida en Francia, se termina la reclusión”.

Bibliografía:

- AGIER, Michel (2008): *Gérer les indésirables. Des camps de réfugiés au gouvernement humanitaire*. Paris: Flammarion.
- BOURDIEU, Pierre (1997): *Méditations pascaliennes*. Paris: Seuil.
- CERTEAU, Michel de (1980): *L'invention du quotidien, 1: Manières de faire*. Paris: Gallimard.
- CNDA (2014): *Rapport d'activités 2014*. Montreuil: CNDA.
- CUNHA, Manuela Ivone (1997): “Le temps suspendu. Rythmes et durées dans une prison portugaise”. *Terrain*, 29. Paris: Ministère de la Culture, pp. 59-68.
- FRANCE TERRE D'ASILE (2005): “Asile sortir de l'arbitraire et de l'injustice”. *Proasile*, 12. Paris: France Terre d'Asile, pp. 5-8.
- GELL, Alfred (1992): *Anthropology of Time. Cultural constructions of temporal maps and images*. Oxford: Berg Publishers.
- KOBELINSKY, Carolina, y MAKAREMI, Chowra (2009): *Enfermés dehors. Enquêtes sur le confinement des étrangers*. Bellecombe-en-Bauges: Editions du Croquant.
- OFPRA (2014): *Rapport d'activités 2014*. Fontenay-sous-Bois: OFPRA.
- SAYAD, Abdelmalek (1999): *La double absence. Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*. Paris: Seuil.
- SCHWARTZ, Barry (1975): *Queuing and waiting. Studies in the social organization of access and delay*. Chicago, London: University of Chicago Press.

